

La humildad de María y la nuestra¹

1. Llegamos, en el tiempo litúrgico de Adviento, al cuarto domingo. Hoy nuestra Corona aparece completamente iluminada lo que nos propone al menos dos consideraciones. Que la Navidad está ya muy cerca (mañana es Nochebuena); y que debemos estar también nosotros llenos de luz para recibir al Señor que viene.

Para conseguirlo, nada mejor que mirar a la Virgen María, la gran protagonista de esta etapa de la liturgia, como decíamos en otra ocasión. Después de dos domingos en los que nuestra atención estuvo puesta en san Juan Bautista, hoy escuchamos en el Evangelio el relato de la Visitación de nuestra Señora a su prima Isabel. Una escena, como tantas otras, inagotable en su contenido, pero de la que yo quisiera destacar solo una hermosa virtud: la humildad.

Apenas termina el diálogo entre las dos queridas primas, el texto nos dice que María añadió: *Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se llena de júbilo en Dios mi salvador, porque puso sus ojos en la humildad de su esclava*². Obviamente, con estas palabras María no quiere decir que Dios vio lo virtuosa que era, eso no hubiera sido muy humilde que digamos, sino más bien lo pequeña, lo insignificante que ella se consideraba a sí misma, dado lo modesto de su condición en el mundo.

Bien sabía nuestra Señora que había incontables jóvenes más ricas, más influyentes, más elegantes o con más preparación humana, tanto en Jerusalén, como en Roma, Atenas o Alejandría. Y, sin embargo, el Señor se fijó en ella y la fue a buscar a una minúscula aldea –Nazaret– cuando apenas contaba con quince o dieciséis años. Pero María acogió el llamado de Dios y con su correspondencia a la gracia fue haciéndose cada vez más hermosa y santa a sus ojos.

Las dos primas coinciden en eso. Son dos buenas mujeres en las que Dios ha querido obrar maravillas. Y la base de esa predilección divina es justamente la humildad. *Dios, en efecto, puso sus ojos en la humildad de su esclava.*

2. La Escritura nos repite de muchas formas que *Dios resiste a los soberbios, mientras que a los humildes les da su gracia*³. La inminente Navidad es una buena ocasión para recordarlo. Los grandes misterios que rodean el nacimiento y la infancia del Señor están enmarcados en la naturalidad, la sencillez y, siempre, en la bella y difícil virtud de la humildad. La misma basílica de la Natividad en Belén, tiene como es sabido, una sola puerta de ingreso y es tan baja que solo se puede pasar por ella si uno se inclina profundamente. Se suele decir que es así para evitar que nadie pueda entrar en camello o a caballo, pero también para recordar a los peregrinos que las importantes lecciones del nacimiento de Cristo solo se comprenderán si uno se inclina y se hace pequeño.

¹ Homilía en el IV domingo de Adviento, ciclo C.

² *Lucas* 1, 46-48.

³ *1 Pedro* 5, 5-6.

La Virgen es alabada por su prima Isabel por su fe: *dichosa tú que has creído*⁴. Pero la fe es una suave luz que ilumina la mente y el corazón de los que renuncian al amor propio, a la soberbia y a la autosuficiencia. Es muy famosa la sentencia de san Agustín sobre este punto: *Si me preguntan ustedes qué es lo más esencial en la religión (...) de Jesucristo, les responderé: lo primero es la humildad, lo segundo la humildad y lo tercero la humildad*⁵.

3. Al ser humilde, nuestra Señora deja actuar a Dios y eso es lo que explica su increíble eficacia a lo largo de la historia de la salvación. Es Dios quien actúa a través de ella, como acabamos de escuchar en palabras de su prima Isabel: *apenas llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi seno*⁶.

Mirando a María y, con ella, a Jesús y a José, aprenderemos a ser humildes y, en la medida de nuestras posibilidades, también eficaces delante de Dios. Que sepamos estar en nuestro sitio, en nuestra realidad, que eso es precisamente, ser humildes. Bien lo decía santa Teresa cuando insistía en que ser humilde *es andar en verdad*⁷.

4. Algunas personas piensan en alguien humilde y les viene a la mente apocamiento, falta de personalidad, dejación de derechos y cosas semejantes. Cuando es todo lo contrario. Quien comprende y vive esta virtud, apoyado en la gracia de Dios, actúa con seguridad y firmeza. Incluso con magnanimidad. Como san Pablo puede decir *todo lo puedo en aquel que me conforta*⁸.

Por el contrario, el soberbio vive permanentemente en la inseguridad. Es como una mesa a la que le falta una pata, inestable, frágil, siempre a punto de venirse abajo. Se compara constantemente con los demás, es una persona vanidosa y egocéntrica. Susceptible e irritable. Mientras tener cerca a alguien humilde es una verdadera bendición, tener a lado a un soberbio es terriblemente incómodo. El humilde es sencillo y receptivo. Dispuesto siempre a aprender de los demás. El soberbio, por el contrario, está tan saturado de sí mismo (de sus gustos, opiniones, experiencias... que siempre son las mejores e insuperables), que nunca aprende nada de los demás, nunca se corrige ni rectifica.

5. ¡Cuántos sufrimientos, cuántos conflictos nos evitaríamos a diario si fuésemos humildes! En la convivencia familiar o en nuestro lugar de trabajo, en las fiestas o reuniones, estaríamos mucho más felices, menos amargados, si nos propusiéramos adquirir esta hermosa virtud cristiana que Cristo tanto nos recomendó: *aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón*⁹.

Pero, también hay que decirlo, no es fácil conquistar la humildad. Con una sencillez aplastante lo reconocía el cardenal Albino Luciani, poco antes de convertirse en el papa

⁴ Lucas 1, 45.

⁵ SAN AGUSTÍN, *Epístola* 118.

⁶ Lucas 1, 44.

⁷ SANTA TERESA DE JESÚS, *Las moradas* VI, 10.

⁸ *Filipenses* 4, 13.

⁹ *Mateo* 11, 29.

Juan Pablo I: *cien veces he celebrado los funerales de mi soberbia, creyendo haberla enterrado a dos metros bajo tierra incluso con requiescat, y cien veces la he visto levantarse de nuevo más despierta que antes: me he dado cuenta de que todavía me desagradaban las críticas, que las alabanzas, por el contrario, me halagaban, que me preocupaba en exceso el juicio de los demás sobre mí*¹⁰.

6. Un propósito concreto: volverlo a intentar. Contemplando a la Sagrada Familia durante estos días, decir al Niño Jesús: *ayúdame a recomenzar a ser humilde*. Y a la Virgen Santísima: *Madre mía, que aprenda de ti a no darme importancia*.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 23 de diciembre de 2018.

¹⁰ ALBINO LUCIANI (JUAN PABLO I) *Ilustrísimos señores*, p. 59.